

...fueron las palabras de la boca...

¡Un siglo es cada instante!

...y así...

Y ves al que vino y partió en el mundo...

Dice el mundo que es un mundo...

...y así...



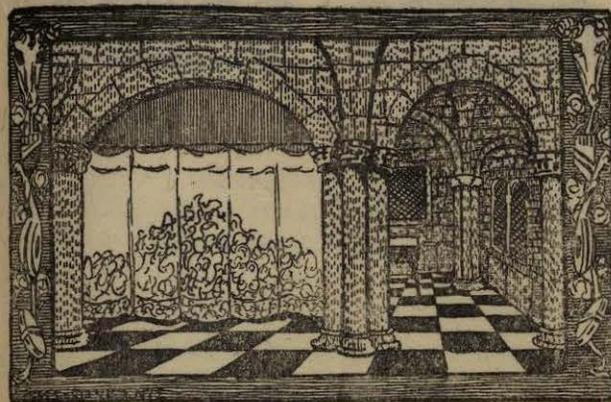
La escena a que se refiere el texto...



ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón la escena aparece iluminada por la luz de la claridad de la tarde, que arroja sobre el escenario la hermosura y el misterio resplandeciente de los grandes cristales que sostienen los techos. De cuando en cuando, en los intervalos del diálogo, resuenan, levemente y lejos, las campanas de la catedral que dominan por el lado del Sur. Una música profunda y misteriosa vibra en el ambiente, y el aire de la noche agita las ramas de los árboles y las ramas altas.





ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior. Al levantarse el telón la escena aparece iluminada solamente por la mortecina claridad de la lámpara que arde junto al Cristo de la hornacina y el fúnebre resplandor de los grandes ciriales que sostienen los pajes. De cuando en cuando, en los intervalos del diálogo, resuenan, lentas y graves, las campanas de la cercana catedral que doblan por el alma del Rey. Una tristeza profunda y misteriosa flota en el ambiente, y el aire de la noche agita las llamas de los cirios y los ricos tapices.



Con la luz de sus ojos se ha extinguido
el claro sol que iluminó estos reinos;
y esas graves campanas que en la noche
esparcen el clamor de sus lamentos,
al par que por su muerte, están doblando
por la negra orfandad de todo un pueblo!

Por ley de herencia pertenece el trono
a la esposa que darme quiso el cielo;
y antes que arrodillados a sus plantas
le prestéis como reina acatamiento,
convocaros me plugo, porque ansío
que me presten su luz vuestros consejos!

MICER HAROLDO

Inclinándose.

Hablad, señor!...

DON DIONÍS

La sangre de mi hermano
venganza clama aún. Cual caballero
y cristiano, ante Dios y ante los hombres
juré vengarla... Entre mis manos tengo

las pruebas de la infamia, y esta noche
saber el nombre del culpable espero!...

¡Sea el que fuere, aunque en sus venas tenga
sangre real, barones de estos reinos,
ante todos vosotros, y a presencia
de Dios que mis palabras está oyendo,
en la cruz del acero puesto el labio,
mi venganza renueva el juramentoll!...

Jura. Todos se inclinan.

MICER HAROLDO

¡Y nosotros también con vos juramos!...
¡Descuartizado sea, el que sin miedo
a mancillar las sacrosantas leyes
de la hospitalidad, manchó este reino
con tan negro baldón!... ¡Fuera el que fuera,
el más próximo y noble de mis deudos,
mi hijo propio, a morir descuartizado,
yo, en el nombre de todos, le condeno!...

Los nobles juran y asienten.

DON DIONÍS

¡Gracias, nobles barones!... La sentencia
haré cumplir!... Y perdonad si ciego
de furor, perturbé con mis palabras
la íntima pena que en vosotros leo,
en esta hora solemne y lacrimosa
que dedicar a la oración debemos!

Señalando la segunda puerta de
la derecha.

¡Penetrad en la fúnebre capilla,
y postrados en torno de su féretro,
a compás de los cantos funerales
y entre las blancas nubes del incienso,
juntas las manos con unción ferviente,
por el alma del Rey rogad al cielo!!!

Todos se inclinan y van desfilan-
do lentamente, seguidos de los pa-

jes. Sólo Micer Pietro permanece
al lado del Conde Don Dionís. Al
ir a salir Micer Haroldo, Don Dionís
le detiene con un gesto.





ESCENA II

DON DIONÍS, MICER HAROLDO Y MICER PIETRO

MICER HAROLDO

Volviéndose.

¿Qué queréis?

DON DIONÍS

**Buen Haroldo, mi venganza
a tu lealtad y a tu rigor entrego!**

En voz baja.

¿El juglar?...

MICER HAROLDO

Vuestras órdenes aguardo...

DON DIONÍS

¿Y tienes esperanza?

MICER HAROLDO

En el tormento
de la rueda, más tarde o más temprano,
revelarán sus labios el secreto!...

DON DIONÍS

No hay tiempo que perder...

MICER HAROLDO

Antes que el día
sus rosales de luz abra en el cielo,
por las cenizas de mis muertos juro,
que el nombre del traidor conoceremos!

En una fuerte torre de este alcázar
al buen juglar aprisionado tengo...
Le vigilan mis guardias...

DON DIONÍS

Son leales?...

MICER HAROLDO

Mi cabeza, señor, responde de ellos!..

DON DIONÍS

¡Pues ve, Haroldo al instante! ¡A ver si logras
romper la obscuridad de este misterio!...

Sale Haroldo por la arquería del
fondo, mientras Don Dionís se vuel-
ve hacia Miccer Pietro.





ESCENA III

DON DIONÍS Y MICER PIETRO

DON DIONÍS

¡Mi esposa, Micero Pietro?...

MICER PIETRO

¡Estad tranquilo.

De su vida respondo...

DON DIONÍS

¡Plague al cielo
que tu ciencia no falle!...

MICER PIETRO

Con un poco
de reposo su mal tendrá remedio!
Y dentro de unos días, de rodillas
bajo las sacras bóvedas del templo,
entre el áureo clamor de los clarines
y los gritos de júbilo del pueblo,
han de ceñir sus sienes la corona
que enjoyaron de gloria sus abuelos!

DON DIONÍS

Como estremecido por un fatal y
triste presentimiento.

¡Así lo quiera Dios, pero me asalta
una vaga inquietud... y tengo miedo!

MICER PIETRO

De qué, señor?... Hablad...

DON DIONÍS

De todo cuanto
me cerca...

Bajando la voz y mirando recelo-
samente.

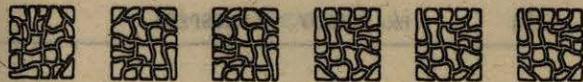
En este alcázar un misterio
sanguinante se esconde, y a su paso
se erizan de pavora mis cabellos...

Cien veces, bajo el sol de Palestina,
rota la espada y destrozado el yelmo,
entre nubes de flechas y venablos,
sentir silbar la muerte, sonriendo;
y hoy, si al cruzar estas desiertas salas
algún viejo tapiz agita el viento,
el corazón de pánico se encoge,
y estremecido de pavor me siento,
cual si a su amparo algún puñal buscáse
la coyuntura para herir mi seno!...

Aquí cayó mi hermano, y me parece
que por doquiera su fantasma veo,
pavoroso, la sangre de su herida
con temblorosa mano conteniendo,
murmurar a mi oído, en voz tan débil
como el último soplo de su aliento:
—Hermano, véngame, antes que caigas
también herido por el mismo hierro!...
¡Y en tanto que no cumpla mi venganza
este oculto temor no tendrá término!...

El Halconero, que ha estado como
espiando en la galería del fondo,
aparece bajo los arcos. Al rumor de
sus pasos, Don Dionís se vuelve
estremecido.





ESCENA IV

DICHOS Y GASTÓN

DON DIONÍS

Con la voz ronca y la mano en la espada.

Mas ¿quién va ahí?... ¿Quién va?

El Halconero avanza silenciosamente.

¡Responda pronto!

GASTÓN

Avanzando.

Soy yo, señor!...

DON DIONÍS

No pudiendo reprimir la ira que
le causa su presencia.

¡Oh, siempre el Halconero!

¡Por dondequiera que camino, siempre
con tu imagen equívoca me encuentro,
siguiéndome los pasos, silenciosa
cual si fuese la sombra de mi cuerpo!

Si alzo un tapiz, tras el tapiz te hallo,
si salgo, acaso, a respirar el fresco
perfume del jardín, en los macizos
florecentes de rosas, te contemplo
fosforescentes de furor los ojos,
agazapado como un lobo hambriento
que se dispone a devorar su presa,
la fauce abierta y erizado el vello!...

Si abro los ojos en la sombra, en ella
lo mismo que un relámpago siniestro
me deslumbra el fulgor de tus pupilas;
¡y hasta en los laberintos de mis sueños
siento el tesón de tu mirada ardiente
como un puñal que me desgarró el pecho!...

¿Quién te ha mandado que mi paso espíes?
Para seguirme así, ¿cuánto te dieron?...

GASTÓN

Con desesperada altíves.

¡Ni ha habido gente de mi sangre espía,
ni yo, señor, como un jayán, me vendo,
que todo el oro de la tierra es poco
para comprar el nombre, que ha doscientos
años, cuando lucía Carlomagno
en su sien la corona del Imperio,
hasta el mismo Rolando pronunciaba
como el nombre de un héroe, con respeto!

Y ¡vive Dios! que si ultrajarme osara
un labio que no fuera el labio vuestro,
la lengua de un tirón le arrancaría
como se arranca una raíz del suelo,
porque la lengua que ultrajó a mi nombre
jamás pudo contar su atrevimiento!

DON DIONÍS

Yo sabré castigar tanta osadía!...

GASTÓN

¡Pues dadme ya el castigo que merezco!
 ¡Mandad que el hacha del verdugo siegue
 sobre el tajo el orgullo de mi cuello,
 pero no me ultrajéis con vuestras dudas,
 porque la muerte al deshonor prefiero!...

Con la voz profundamente con-
 movida.

Sois el esposo de la reina mía,
 y vasallaje y sumisión os debo...
 ¡Condenadme al más bárbaro suplicio
 si os ofendió lo altivo de mi acento,
 que el que cansado está de la existencia,
 ascenderá al cadalso sonriendo,
 lo mismo que si fuera a desposarse
 con la novia ideal de sus ensueños!...

DON DIONÍS

Serenándose y profundamente
 conmovido por el dolor que parece
 retorcerse en las palabras del Hal-
 conero.

Yo no sé qué tristeza lacinante
 respiran tus palabras, que tu acento
 desgarrado y profundo me conmueve
 hasta el fondo del alma, como esos

cantares que en la noche solitaria,
 desgranando su angustia en el silencio,
 en sus negros y estrechos calabozos,
 entonan los dolientes prisioneros!...

¡Perdóname, doncel, si has sido víctima
 de la amarga inquietud de mis recelos!...
 ¿Cómo no ha de tomar el caminante
 que en la noche su ruta va siguiendo,
 por ladrones las sombras que los árboles
 proyectan en la nieve del sendero,
 si sabe que le acechan los ladrones
 en los nocturnos bosques encubiertos?...

Resuenan los cánticos funerales.

MICER PIETRO

¡Ya los oficios comenzaron.—Vamos,
 Alteza, con la corte a orar al templo!

Mientras salen por la puerta se-
 gunda de la derecha, tras el tapiz
 de la izquierda aparece sigilosa-
 mente Angélica.

